

POESÍA AMOROSA DE SENECTUTE: VERSOS A MARÍA DEL VALLE (1992), DE MARIO LÓPEZ

Juana Toledano Molina
Académica Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Poesía española.
Ciclo de *senectute*.
Lope de Vega.
Antonio Machado.
Mario López.

Análisis de la poesía amorosa de *senectute* en tres poetas españoles; uno perteneciente al Siglo de Oro, Lope de Vega, y dos más incluidos en la poesía española contemporánea, Antonio Machado y Mario López. En tanto que los amores de esta etapa en el caso de Lope de Vega y, en menor medida, en Antonio Machado, están llenos de tragedia y de realización imposible en algún caso, los sentimientos son claramente positivos, gozosos, en la obra de Mario López, que recuerda su amor por María del Valle.

ABSTRACT

KEYWORDS

Spanish poetry.
Cycle of *senectute*.
Lope de Vega.
Antonio Machado.
Mario López.

Analysis of the love poetry of *senectute* in three Spanish poets; one belonging to the Golden Age, Lope de Vega, and two more included in contemporary Spanish poetry, Antonio Machado and Mario López. While the loves of this stage in the case of Lope de Vega and, to a lesser extent, Antonio Machado, are full of tragedy and impossible accomplishment in some cases, the feelings are clearly positive, joyful, in the work of Mario López, who remembers his love for María del Valle.

La trayectoria íntima de los poetas puede tener intercadencias amorosas, como apuntaba ya desde el título un narrador poco conocido¹, Luis de Guevara, del siglo XVII, en su libro de relatos *Intercadencias de la calentura de amor* (1685). Hay etapas en su producción literaria que vienen marcadas por el amor y la pasión, asociadas

Boletín de la Real Academia
de Córdoba.

¹ Luis de Guevara, *Intercadencias de la calentura de amor. Sucesos ya trágicos y lamentables, ya dichosos y bien logrados*, Barcelona, José Llopis, 1685; se trata de ocho novelas cortas, algunas reproducidas modernamente.

normalmente a los años de juventud y de madurez, en tanto que en situaciones más avanzadas de la vida, como la vejez, se suele volver al mundo moral y espiritual como una preparación para la muerte.

Pero no siempre sucede así. Hay poetas que en su etapa *de senectute* cultivan una poesía profundamente apasionada, incluso erótica, relacionada vitalmente con un nuevo amor o con una revitalización de la pasión en torno a la mujer amada. Es lo que queremos resaltar en esta ocasión, en torno a tres poetas de épocas muy distintas, Lope de Vega, Antonio Machado y Mario López, centrándonos en los poemas que escribieron en un momento cronológico que podemos considerar inmerso en la vejez (sesenta o setenta años), puesto que hay variaciones en las diversas etapas históricas sobre la consideración del hombre como anciano; así en *La Celestina* se dice que una mujer de sesenta años es ya bastante vieja y, sin embargo, en la actualidad, con la alta esperanza de vida que se disfruta, no sucede así.

Los libros o ciclos poéticos que nos servirán para mantener lo que venimos señalando en torno al resurgimiento del amor en una etapa avanzada de la vida del escritor son el «Ciclo de Amarilis», en el caso de Lope, los «Poemas a Guiomar», que escribe Machado en los preliminares de la guerra civil española, y los *Versos a María del Valle*, que publica Mario López en 1992.

Para esos momentos de la creación o de la edición de las obras respectivas, los autores tienen entre 54 y 70 años, en el caso de Lope, nacido en 1562, como se sabe, que tiene relaciones con Marta de Nevares, Amarilis, ya en 1616, hasta la muerte de la misma, en 1632; Antonio Machado, nacido en 1875, escribe en 1929-1936, «Poemas a Guiomar» y «Otros poemas a Guiomar», respectivamente, oscila entre los 54 y los 61, en esta etapa de su relación amorosa con Pilar de Valderrama, a la que da el nombre poético de Guiomar, en tanto que Mario López, nacido en 1918, tiene unos 74 años, cuando se publica la colección citada (1992), si nuestros cálculos son correctos en todos estos casos.

Los casos de Lope y Machado son bien conocidos² por la mayoría de los estudiosos, por lo que sólo señalaremos algunos aspectos de los mismos,

² En el caso de Lope, al que suele aplicarse con frecuencia el marbete «ciclo de senectute», nos parecen significativos los estudios de Juan Manuel Rozas, *Lope de Vega y Felipe IV en el ciclo de senectute*, Cáceres, Universidad de Extremadura, 1982; Ignacio García Aguilar, «El huerto rehecho: algunas consideraciones acerca de renovación y reescritura en el Lope *de senectute* (con una nota sobre Amarilis)», *eHumanista*, 24, 2013, pp. 80-107, consulta on line, etc. Por lo que respecta a Machado son igualmente muy numerosos los dedicados a su relación amorosa con Guiomar y a los poemas de su última época; entre los estudios actuales cfr. María Dolores Ramírez Ponferrada, «Pilar Valderrama, la Guiomar de Antonio Machado. Escritora ignorada y musa ultra-

mientras que nos parece que no se ha estudiado desde esa perspectiva la colección citada de Mario López y, en consecuencia, le dedicaremos más atención.

I

LOPE DE VEGA

Lope conoce a Marta de Nevares en 1616, como se ha indicado antes; ella tiene 25 años y está casada, Lope tiene 54 y está ordenado sacerdote desde 1614; se trata de una hermosa mujer, esposa por entonces del cómico Roque Hernández, el cual tiene la buena ocurrencia de morir en 1619, provocando los comentarios irónicos del escritor puesto que todos estaban inmersos por entonces en el complejo proceso de separación de Marta y Roque. El amor pasión de Lope se refleja en las cartas al Duque de Sessa, que estaba en Baena, desterrado de la corte, y en 1617 le escribe: «Yo estoy perdido, si en mi vida lo estuve por alma y cuerpo de mujer, y Dios sabe con qué sentimiento mío, porque no sé cómo ha de ser ni durar esto, ni vivir sin gozarlo»³, y es que Marta era, en palabras del escritor, una mujer de gran belleza: tenía los ojos verdes, cejas y pestañas negras —escribe Lope— y en cantidad, cabellos rizos y copiosos, boca que pone en cuidado los que la miran cuando ríe, manos blancas⁴, gentileza de cuerpo, el don de la poesía, la voz divina, la pureza del hablar cortesano, toda la gracia de la danza y, por marido, un fiero Herodes. Para el año señalado de 1617 ambos esperan ya un hijo, una hija en este caso, que se llamará Antonia Clara y que traerá grandes quebraderos de cabeza a su padre; una de estas cuestiones es la fuga de la muchacha, que tiene por entonces unos 17 años, con un seductor profesional de la corte, un nombre de curiosas resonancias, si tenemos en cuenta la literatura posterior, don Cristóbal Tenorio.

El final de los amores de Lope y Marta es muy trágico; la amada va perdiendo la vista poco a poco, hasta quedarse ciega, en 1627, y el poeta escribe estos doloridos versos:

jada», *Ámbitos. Revista de estudios de ciencias sociales y humanidades*, 39, 2018, pp. 77-92, etc., consulta on line.

³ Lope de Vega, *Epistolario*, ed. Agustín G. de Amezúa, Madrid, 1941, tomo III, p. 302, grafía actualizada.

⁴ Lope de Vega, *La viuda valenciana. Comedia famosa de Lope de Vega Carpio, Dirigida a la Señora Marcia Leonarda*, en *Parte catorce de las comedias de Lope de Vega Carpio*, Madrid, Viuda de Fernando Cortoa Montenegro, 1621, f. 100r., dedicatoria, grafía actualizada.

Cuando yo vi mis luces eclipsarse,
 cuando yo vi mi sol escurecerse,
 mis verdes esmeraldas enlutarse,
 y mis puras estrellas esconderse,
 no puede mi desdicha ponderarse
 ni mi grave dolor encarecerse,
 ni puede aquí sin lágrimas decirse
 cómo se fue de mí sol sin despedirse⁵.

Por entonces Marta empieza a tener síntomas de demencia, pero Lope la sigue cuidando amorosamente hasta el momento de su muerte, unos cuatro o cinco años después. En su égloga «Amarilis» recuerda la lastimosa situación:

Aquella que, gallarda, se prendía
 y de tan ricas galas se preciaba,
 que a la Aurora de espejo le servía,
 y en la luz de sus ojos se tocaba,
 curiosa, los vestidos deshacía,
 y otras veces, estúpida, imitaba,
 el cuerpo en hielo, en éxtasis la mente,
 un bello mármol de escultor valiente⁶.

II

ANTONIO MACHADO

Los amores de Antonio Machado con Pilar de Valderrama, Guiomar en los poemas del sevillano, están también llenos de aspectos problemáticos. Machado, que había perdido a su esposa, Leonor Izquierdo Cuevas, en Soria, en 1912, se mantiene al margen de las mujeres, salvo relaciones ocasionales; «amé cuanto ellas pueden tener de hospitalario», escribió en su autobiografía poética⁷. El maduro viudo, profesor de francés entonces en el instituto de Segovia, conoce a Pilar antes de 1928, año en que comienza el epistolario conservado de Machado y que dura hasta 1936, cuando comienza la guerra civil española. Ella pasaba entonces, cuando se conocie-

⁵ Lope de Vega, «Amarilis. Égloga», en *Colección de las obras sueltas, así en prosa como en verso*, Madrid, Antonio de Sancha, 1777, tomo X, p. 176, grafía actualizada.

⁶ *Ibid.*, p. 180.

⁷ Como se sabe, este poema se publicó sin título, en la sección «Poetas del día», acompañado de una foto de Antonio Machado, en el periódico madrileño *El Liberal*, 1 de febrero de 1908, p. 1, y ha sido reproducido numerosas veces, formando parte de *Campos de Castilla*.

ron, por una etapa de problemas familiares con su marido, Rafael Martínez Romarate, y arrastraba consigo una mediana depresión, puesto que se había enterado de que la joven amante de su esposo acababa de suicidarse. Busca refugio en una amistad espiritual con el gran poeta; ella también escribía poesía y fruto de esa afición son varios libros de versos, entre 1923 y 1943; además había escrito alguna obra de teatro.

Machado suele acabar sus cartas de amor como un adolescente enamorado. Así concluye una de ellas:

Cuando pienso en ti, Pilar, vuelvo a creer en Dios, sobre todo cuando pienso en lo que haces por mí. / Mañana a las doce iré a nuestro café, con la esperanza de verte; siempre con ánimo de ser bueno, y con el propósito, que todavía no he cumplido, de arrodillarme delante de ti. / Pasé por el Parque. No vi a mi diosa —es el nombre que suele darle en las cartas—. Estaban echadas las persianas de los balcones. Esto quiere decir —pensé— que mi reina no aparecerá. «Vuélvete, pobre Antonio, que, decididamente, hoy no la ves». / Muy triste estoy, Pilar, pero mañana es día grande: ¡veré a mi gloria!⁸.

Y las huellas de esta pasión senil son frecuentes en su poesía de esta época:

Tu poeta
piensa en ti. La lejanía
es de limón y violeta,
verde el campo todavía.
Conmigo vienes, Guiomar;
nos sorbe la serranía.
De encinar en encinar
se va fatigando el día.
El tren devora y devora
día y riel. La retama
pasa en sombra; se desdora
el oro de Guadarrama.
Porque una diosa y su amante
huyen juntos, jadeante,
los sigue la luna llena⁹.

Pero todo concluye con la guerra y así lo expresa en un trágico soneto, cuyos versos finales dicen:

⁸ Antonio Machado, *Cartas a Pilar*, Madrid, Anaya y Mario Muchnick, 1994, pp. 65-66.

⁹ Antonio Machado, *Poesías completas*, Madrid, Espasa Calpe, 1977, p. 356.

Acaso a ti mi ausencia te acompaña.
A mí me duele tu recuerdo, diosa.

La guerra dio al amor el tajo fuerte.
Y es la total angustia de la muerte,
con la sombra infecunda de la llama

y la soñada miel de amor tardío,
y la flor imposible de la rama
que ha sentido del hacha el corte frío¹⁰.

III

MARIO LÓPEZ

Ninguno de estos torbellinos de desgracia se aprecia, afortunadamente, en *Versos a María del Valle*, el libro de 1992, de Mario López, que retoma como texto inicial un fragmento de la «Elegía de 1952», en el que recuerda a la novia lejana, desde Málaga:

...Aquellos sitios tan privilegiados
de Dios, mis soledades conocieron
largamente...
Conmigo tú venías...
Pero sin ti, bajo las buganvillas,
los almezos, los sauces, los ricinos,
los tilos, los magnolios, los pinares
de Miramar, oyendo las sirenas
de los barcos partir hacia tu ausencia,
yo, muerto en pie junto a las viejas tumbas
del cementerio inglés en ti pensaba
bajo aquel aire denso abierto al nardo,
al vino dulce, al sol o a la nostalgia
cruel de alguna radio inoportuna...¹¹.

Estamos ante un texto breve (16 páginas en la edición malagueña)¹², editado primeramente en Málaga, como hemos dicho, que no ha tenido

¹⁰ Ibid., p. 360.

¹¹ Mario López, *Versos a María del Valle, Poesía*, Córdoba, Diputación Provincial, 1997, p. 317; las restantes referencias a esta obra se hacen en el cuerpo del texto mediante la indicación de la página correspondiente.

¹² Puede llamar a error y confundir al lector el libro de 1992, que analizamos en esta aproximación, y el de Sevilla, 2004, que es una recopilación de textos inéditos de Mario López, con el mismo título, *Versos a María del Valle*, el cual tiene unas 78 páginas,

mucha repercusión entre la crítica autorizada, pero que, en nuestra opinión, aporta a la poesía de Mario López un registro nuevo, un tono personal, humano, voluptuoso a ratos, que no se encuentra en casi ninguna otra colección poética suya, habitualmente centradas en paisajes y vivencias, actuales o pasadas, de Bujalance, nuestro pueblo.

Por otra parte, pensamos que los poemas aquí recopilados no se escribieron de manera inmediata a su impresión en libro, sino que parece más bien una colección facticia que reúne poemas antiguos, quizás actualizados o reescritos en ese momento, pero sin duda asumidos líricamente entonces por el poeta porque así lo justifica la misma edición. El tono general de estos Versos a María del Valle se parece un poco al de algunos poemas fechados en las décadas de los cincuenta y los sesenta, como sucede con el titulado «Tiempo feliz de los días iguales» (pp. 71-72)¹³, inédito incluido en la edición de Sevilla, con el mismo título que la colección malagueña, pero completamente diferente en los contenidos.

Por lo que a la métrica se refiere, encontramos versos de tendencia octosilábica en la mayoría de las ocasiones, aunque alguna vez el poeta retoma el verso largo, musical, característico de gran parte de las composiciones del grupo *Cántico*, con un fuerte componente sensual. Es lo que comprobamos en el siguiente fragmento, uno de nuestros preferidos:

Sus ojos le brillaban como soles nocturnos
de un país fabuloso y oriental —raro fuego—
y su antigua sonrisa dolía como un enigma
de roja primavera cruel, subyugadora.
No sé si eran de mármol, de niebla o de magnolia
su garganta, sus hombros, su corazón latiendo...
Realidad inefable de su ser. Temblor vivo
de su azulada carne sideral: la luz de estrella.
Porque ella era lo mismo también que un arroyuelo
cuando en mi hombro apoyaba su cabeza de oro
y yo le acariciaba los cabellos, y el aire
mágico del otoño se enredaba en su nuca.
Agua o marfil o fuego... Ciertamente ella era
dulce para mis labios y la nombraba mucho.

colofón incluido. Alguno de los poemas insertos en esta colección de inéditos pertenecen al ciclo amoroso reflejado en el libro de 1992.

¹³ El poema no está datado en la edición, en el impreso, pero en el facsímil que acompaña al librito se indica la fecha de 1952 para el libro *Versos a María del Valle*, p. 2, y en el poema se añade bajo el título, detalle omitido en la edición, «Poema para 1956», p. 24. Nótese que la letra de esta composición es más reciente que la muy cuidada grafía de los anteriores, porque quizás se escribió bastante después.

Gustaba de nombrarla porque sí, a cada instante
de mi amor. La llamaba siempre: María del Valle... (p. 320)

Amor apacible, pleno, completo, tal como se aprecia en el poema siguiente, que nos recuerda el ambiente interior de muchos textos del Juan Ramón Jiménez de su etapa final o del igualmente conceptual Jorge Guillén:

Tú y yo, enamorados,
quietos, sin palabras,
inventando cielos,
poniéndole alas
a todas las cosas
que Dios nos regala.
Tú y yo, solos, solos
en esta mañana
sin prisa en las nubes
ni dolor por nada... (p 325)

Creemos que no es cierto lo que se dice habitualmente de que el amor feliz no tiene historia. Claro que la tiene, y este libro es un ejemplo de esas intercadencias, dulces, apacibles, nostálgicas, con notas del pueblo en el que transcurre la vivencia de la íntima pasión correspondida. Así se expresa en este fragmento, que habla de la separación de los enamorados:

Una noche y otra noche...
Las Carmelitas, despiertas,
nos tocaban su campana
dulce de las diez y media.
Nos dolíamos uno al otro
con la duda y la certeza
que todo amor ciego prende
en ojos que ver quisieran...
...Hojas muertas del otoño
y en Abril las hojas nuevas...
-Adiós...
-¿y mañana entonces...?
-Mañana lo que Dios quiera...
-Piensa que será otro día...
-No me digas nada... Espera...
(Y el sereno, oscuro ángel
pasaba cerrando puertas...) (p. 323)

En otros momentos se nos presenta el poeta en un estado de exaltación gozosa, propia del enamorado joven, puesto que, como dice un lugar común literario, el sentimiento del corazón no envejece:

Que te quiero palpitando.
Que te quiero hoguera viva.
Que te quiero por mi sangre
sentirte, amor, florecida.
Con voz, con pulso y con labios
que me besen y me digan
que me quieres y me nombren
quinientas veces al día.
Riendo y gozando las cosas (p. 328).

El poema final del libro resume, a nuestro entender, ese estado plácido, de beatitud amorosa, que caracteriza la poesía *de senectute* de Mario López, en fuerte contraste con la de otros poetas, como los señalados previamente. Nos parece el cierre perfecto, «las doce en el reloj» que diría Guillén, de estos *Versos a María del Valle*, más adecuados para ser degustados en el silencio de la lectura personal que expresados o interpretados por la voz de cualquiera. Así concluye el poemario:

Te miro y tú me miras. Nos miramos
y mirándonos son las siete y media
de la dicha. Es Octubre y nos amamos.
Llueve sobre los campos. Llueve dulcemente
sobre las cosas, sobre el pueblo
donde tú y yo felizmente habitamos.
Llueve también por nuestros corazones:
¡Llueve de amor y en él nos empapamos!
¿No es tan dulce el amor como la lluvia?
(La misma calle incluso porque vamos
tiene, bajo el paraguas, su ternura...).
Te miro y tú me miras. ¿Dónde vamos...?
No sabemos. Me miras y te miro...
¡Lo importante es saber que nos amamos! (p. 329).